

OPÚSCULO SOBRE LA REGLA DE TRES Y LA DE INTERÉS, por *Lucindo Galvis*.—Bogotá.—Imprenta de *La Luz*. 1910.—Páginas 12 en 16.º

El Sr. D. Lucindo Galvis es uno de los maestros más instruídos y competentes que tiene la República. Se educó con los Padres Jesuitas en el Colegio de San Bartolomé, y tuvo por condiscípulos á D. Miguel Antonio Caro y á D. Rufino J. Cuervo. Galvis figuraba en su división entre los mejores y más aventajados alumnos. Concluyó allí sus estudios clásicos, largos y profundos; y se dedicó á la nobilísima tarea del magisterio, que ha ejercido con fruto por más de cuarenta años. Si no ha hecho fortuna, si no ha logrado fama aparatosa, débese á su cristiana modestia. En cambio tiene el aprecio de muchos que le conocen bien; entre ellos pretendemos la honra de contarnos.

Dedica el Sr. Galvis su Aritmética á las señoritas. Después de leerla, la creemos excelente para los jóvenes y para los adultos: sencilla, clara, fácil en extremo.

El procedimiento para aprender la regla de tres y las que de ellas se deriva no puede ser mejor, ni más al alcance de todo el mundo.

Nos permitimos felicitar al autor, y recomendar el libro á maestros y discípulos de enseñanza primaria.

LA VUELTA DEL GRAN COMETA DE HALLEY

Setenta y cuatro años, un mes y una semana hacía que los PP. Dumouchel y de Vico, del Colegio Romano, fueron los primeros en saludarle al recibir la tierra su visita anterior, reconociéndole al cabo en el campo del anteojo astronómico, tras largo tiempo de explorar en vano ellos y otros muchos la región del cielo por donde debía reaparecer por entonces; y diez meses llevaban actualmente los astrónomos de varios Observatorios del orbe dirigiendo á

menudo en su busca, no sus ojos de carne, aún elevados y fortalecidos por las claras y gigantescas pupilas de instrumentos harto más poderosos que los de antaño, sino otros de cristalino no menos lince y de retina mucho más delicada é impresionable, las cámaras astrofotográficas de sus magníficos vidrios reflectores ó refractores; cuando el Sr. Max Wolf, Director del Observatorio astrofísico de Königstul (Heidelberg), tuvo la grata sorpresa de tropezar con él al examinar sus placas el 11 del pasado Septiembre, y el gusto de comunicar por telégrafo la noticia, mediante la oficina de Kiel, á todos los principales centros astronómicos del universo. Desde entonces no hay entre éstos quien no tenga fijo en él su pensamiento, ávido, por supuesto, de acecharle además con mirada escrutadora á medida que va poniéndose al alcance de los medios de observación de cada uno; y entre tanto se complacen ufanos en despertar asimismo en el vulgo entendido las más halagüeñas esperanzas de que también él ha de tener muy luego la suerte de contemplarle á ojos vistas, y sin necesidad de aparatos costosos, en la bóveda estrellada del firmamento.

¿A qué obedece tan afanosa y universal curiosidad en vísperas de fenómeno semejante? Sobre esto, que, según su condición y gusto, cada uno sin duda ve y siente á su manera, en lo que hasta ahora vemos publicado todos dicen algo y algunos mucho; no falta quien hasta dice demasiado, es decir, más de lo que es cierto y aun lícito y decoroso; pero ninguno lo dice todo, ni siquiera todo lo que puede satisfacer los legítimos deseos de la generalidad de los lectores de esta nuestra revista. Por lo mismo, y para contribuir á esto último en la medida de mis alcances, me ha parecido oportuno dar breve cuenta en este trabajo del resultado de serias investigaciones, que de antemano y á otro propósito vengo ya haciendo sobre el asunto.

Un triple interés me parece que resume con exactitud los motivos de diversos órdenes que razonablemente pue-

den originar ó avivar la extraordinaria expectación del cometa que se aproxima. El interés *estético* y hasta profundamente dramático, mezclado más ó menos de religioso, que desde muy antiguo viene siempre ofreciendo y pudiera muy bien ofrecer ahora singularmente, así el aspecto mismo como, sobre todo, la significación y aun la simple aproximación á la tierra de un astro de la naturaleza de éste ó de él en particular. El interés *científico*, que, sobre todo hoy en día, no puede menos de despertar en muchos el deseo y la esperanza de aquilatar, barruntar ó siquiera estudiar en condiciones más ventajosas que las ordinarias la misteriosa constitución de esos seres no menos singulares que vagabundos. Y junto con todo esto, y aun á falta de ello, el interés *histórico* de que muy en especial viene siempre acompañado el regreso, visible ó no visible, del cometa de que al presente se trata.

I

Sobre este último no hay para qué hacer aquí más que ligeras indicaciones, bastantes, sin embargo, para dar á conocer ó recordar su alcance. Se reduce, pues, á que el cometa de Halley es el primero cuyo período orbital, ó sea transcurso de una revolución completa, junto con los demás elementos ó caracteres de su elíptica trayectoria, por otra parte la más vasta y alargada de cuantas actualmente nos son conocidas entre los cometas de plazo fijo, fue determinado (en 1705) con suficiente seguridad y precisión por el astrónomo inglés cuyo nombre lleva, y confirmado plenamente por las dos reapariciones consecutivas de 1759 y 1835, como lo es ahora de nuevo por la que ya acaba de registrarse. Digno complemento de la teoría newtoniana de la gravitación universal, que por aquel entonces estaba formulando su autor en el libro *De los Principios*, y auro-ra de una nueva éra en la astronomía cometaria. Que no faltaban entonces mismo astrónomos eminentes muy ape-

gados á la antigua idea, que no veía en los cometas sino fenómenos meteóricos, sublunares ó interplanetarios, exhalaciones vaporosas, que efímeramente nacen y mueren, ó encuentros eventuales de seres extraños que, del todo independientes de nuestro sistema, vagan á la ventura por el espacio. Pues bien: prevenciones que no había logrado disipar el genio más penetrante y atinado de algunos pocos pensadores de cada siglo ni avasallar el poderoso raciocinio y soberana autoridad de Newton, cedieron al cabo y para siempre ante el puntual y admirable cumplimiento de los pronósticos de Halley, privado de presenciarle catorce años antes por la muerte. Verdad es que aún quedaban desigualdades que allanar, líneas que rectificar y aun verdaderos vacíos que llenar. De la discrepancia de meses y aun años que se venía observando entre los sucesivos intervalos de unas revoluciones y los de otras, ni Newton supo atinar con la verdadera explicación, ni el mismo Halley, que la insinuó con acierto, estaba todavía en el caso de precisarla ni de dar por su medio exactitud rigurosa á sus predicciones, por falta de algunos datos indispensables. La causa eran las perturbaciones considerables que, ya por adelanto, ya por retraso, ejercen los planetas en el movimiento del astro, según las diversas posiciones que ocupan en sus órbitas respectivas, mientras aquél recorre su trayectoria; y á Halley no sólo le eran totalmente desconocidos dos planetas y de los más importantes, Urano y Neptuno, sino también en parte la masa exacta de los demás. El afinar los cálculos á vista de estos nuevos elementos, ha sido obra sucesiva de los astrónomos franceses Clairaut, que, ayudado por Lalande, llegó á reducir la indecisión á un solo mes en el perihelio de 1759; Damoiseau y de Pontécoulant, que acertaron el de 1835 con solos doce y tres días de diferencia, respectivamente; el alemán Rosenberger tampoco tuvo que rectificar sus propios resultados sino en cinco días para el paso de esta última fecha. Sí que anduvo por entonces la fortuna de parte de todos ellos, pues

en ciertos períodos, como en el que ahora precisamente acaba de cumplirse, todavía se atraviesan dificultades especiales (1), que han sacado erróneo en un mes entero el plazo señalado por de Pontécoulant para el 24 de Mayo de este año, y hecho fluctuar entre el 13 y el 23 de Abril los fijados últimamente por los ingleses Cowell y Crommelin, del Observatorio de Greenwich, y por miembros de otros centros astronómicos importantes. En cambio, los dos astrónomos últimamente nombrados han tenido el singular acierto de anunciar de antemano la posición correspondiente al día y hora del descubrimiento del cometa con un error de solos $+22^{\circ}$ en ascensión recta y $-7'$ en declinación.

No está de más para los lectores hacer aquí honorífica mención de nuestro Séneca, que adelantándose incomparablemente á su época, toma también su parte y no pequeña en estos acontecimientos y está de tejas abajo muy de enhorabuena por ellos; pues no sólo los predijo á su modo con absoluta convicción, aun contra el parecer y los principios de su escuela, de las demás contemporáneas y de casi toda la sabia antigüedad, sino que dejó apuntado para realizarlos el medio mismo que tan feliz resultado ha venido á producir en nuestros días. En el libro séptimo de sus *Naturales Quaestiones*, donde con copia de datos y madurez de criterio, que aun hoy día sorprenden en gran manera, trata *ex profeso* y por extenso de los cometas, ya desde al principio advierte al lector que “para investigar las condiciones de esos seres celestes *es preciso ante todo procurarse una lista completa de numerosas apariciones de los mismos observadas sucesivamente desde siglos atrás*; porque la causa de no haberse dado todavía con el

(1) Sobre todo la de que, en este período, la perturbación debida á Júpiter, siempre difícil de apreciar con exactitud, ha sido precisamente casi la máxima que puede producir en él este planeta, mientras que en los anteriores había sido pequeña, y por lo mismo el error en su apreciación poco sensible en el resultado.

curso que realmente siguen, ni averiguado siquiera si tienen ó nó alternativas constantes y leyes fijas, que normalicen y señalen término y día á sus idas y vueltas, es, á su juicio, lo rara vez que á cada uno nos es dado observarlos” (c. 3). Añade que “al decir de Apolonio Mindio, peritísimo naturalista, los Caldeos de hecho habían logrado ya determinar todo esto, y por de contado los miraban como verdaderos astros, como uno de tantos de esos que en el cielo se mueven al través de las constelaciones” (c. 4), “sino que la casi totalidad de su trayectoria se nos oculta por alejarse demasiado en un sentido, internándose al través de las profundidades del espacio, y sólo se hace visible cuando el astro vuelve de nuevo á descender por ella hasta su parte más baja y cercana á nosotros; y que éste no es siempre el mismo, ni uno de pocos, sino que de ellos hay muchos y muy desemejantes como en rumbo, así también en tamaño y en aspecto, siendo este mismo más ó menos brillante según que se van situando á más ó menos distancia del observador ni más ni menos que los demás astros” (c. 17). Y concluye “que tal es asimismo su propia convicción, y la tiene por bien asentada,” trayendo razones en su apoyo y haciéndose cargo de las que se dan en contrario (c. 22 y siguientes); y al llegar á una de éstas es donde escribe: “Si alguno aquí me pregunta, ¿pues entonces, por qué á esos no se les ha notado hasta ahora curso fijo, como á los otros cinco planetas? A este tal le responderé yo á mi vez: ¡Hay tantas cosas cuyo porqué no sabemos, sin que por esto pongamos en duda su existencia!... Mas viniendo á los cometas, ¿qué tiene de extraño el que todavía no se les vea sujetos á leyes fijas, ni nos sean conocidos sus principios y fines, siendo así que en total se dejan ver en el mundo tan raras veces y cada uno de por sí á lo mejor no vuelve á presentarse sino de tarde en tarde con intervalo de muchos años?... *Día vendrá en que, á fuerza de tiempo y de sostenida atención, salga á luz todo eso que ahora se nos esconde.* Para escudriñar cosas tan altas no basta la vida de un hombre, aun dedi-

cada toda entera al estudio del cielo: ¿y nos daremos aires de competencia los que ahora empleamos en ello tan pocos años, y éstos repartidos, nada equitativamente por cierto, entre el estudio y los vicios? Ya se irá explicando cosa por cosa con el volver de los siglos. Llegará día en que lo extraño para las venideros sea el que nosotros no nos diéramos cuenta de cosas tan claras.... *Vendrá quien al cabo nos muestre qué regiones del cielo cruzan en su carrera los cometas cuando así se alejan de esos otros astros visibles y se van por caminos tan apartados, y nos diga cuál es su tamaño y cuál su constitución.* Nosotros ahora contentémonos con lo ya averiguado, y dejemos á los venideros contribuir con su tanto al esclarecimiento de la verdad" (c. 25).

Acabamos de ver cómo el primer objeto de esta predicción, ya de por sí tan grandioso, ha venido á cumplirse á la letra por primera vez en el cometa de Halley; y este suceso y su renovación hasta cierto punto en cada vuelta del astro es lo que llamé al principio el interés *histórico* de la presente. Digamos ya y cuanto antes lo que en su día puede constituir en realidad, y aun desde ahora mismo en esperanza, el interés *estético* de su aspecto y próximo paso por nuestras cercanías, el que más afecta sin duda á las muchedumbres y desde luego á todosnos toca más de cerca y se nos ha de meter por los ojos, y por lo mismo consiente menos dilación en la lectura de este modesto trabajo. Hay además otra razón para que esto se publique inmediatamente, y es el interés mismo de la publicación, que sin duda se pierde ó se menoscaba dando lugar á que se le adelante quizá otra parecida ó mejor, y aun los mismos fenómenos ahora futuros á que se refiere, ó á lo menos alguna parte de ellos.

II

El fundamento de este segundo género de interés á que nos referimos está principalmente en una de tres cosas ó en todas tres á la vez: en lo inesperado ó sorprendente de

su aparición; en lo grandioso, ó más aún en lo nuevo y desacostumbrado de su brillo ó de su figura; en lo grave de las consecuencias que cierta ó supuestamente denuncia ó trae consigo. ¡Qué bien lo analiza y describe el mismo Séneca en las primeras líneas de su referido libro. "No se hallará, dice, ninguno tan tardo de entendimiento, tan embotado de sentido ó tan rebajado á la tierra, que no se alce en seguida á contemplar lo divino y aun se remonte del todo con el pensamiento hacia ello, por lo menos cuando en el cielo resplandece de pronto alguna nueva maravilla; por más que, mientras no pasan por él sino las de siempre, la costumbre, no sé cómo, nos quita de delante su grandeza. Así somos: ante lo de todos los días, siendo como es tan maravilloso, pasamos de largo sin hacer caso; y en cambio, cosas á veces las más insignificantes, como sobrevengan á lo menos pensando y en forma nueva, luégo nos detienen dulcemente los ojos. Y hé aquí la razón por qué esa ordenada muchedumbre de estrellas con que se atavía la inmensidad, ya de suyo tan bella, del firmamento, no llama hacia sí la gente; pero cuando en él sale algo de lo común y ordinario, ya están en el cielo las miradas de todos. No tiene el Sol espectadores sino cuando desfallece, ni se fija nadie en la Luna hasta que amenaza eclipsarse; que entonces allí es el gritar de ciudades enteras, allí el temblar cada uno por sí con vano y supersticioso sobresalto. Como si no fuera espectáculo mucho más grandioso el que, etc. etc.... Pero lo dicho; mientras todo eso no hace más que seguir su curso ordinario, ni reparamos en ello; cuando en algo se turba y se sale de lo acostumbrado, es cuando todo se nos vuelve mirarlo, y enseñárnoslo unos á otros, y hacernos preguntas: tan natural nos es maravillarnos más de lo raro que de lo grande. Pues bien: esto es precisamente lo que nos pasa con los cometas: desde el momento en que se nos pone delante ese reguero de fuego, con esa figura y esa manera de brillar nunca vistas, ya no queda nadie que no empiece á preocuparse de

qué será, y, olvidándose de todos los demás fuegos celestes, ande preguntando tan sólo por ese otro nuevo y advenedizo, no sabiendo si contentarse con admirarle ó si temerse algo de su presencia; porque no falta bien pronto más de uno que nos venga con espantos y nos haga ver en él un prenuncio de graves acontecimientos.”

Parece como que al presente, de dichos tres fundamentos, el primero se desvanece desde luego para los lectores con la misma divulgación de estos pronósticos, pues el hecho de la futura aparición de nuestro cometa, por esta vez, ya no les ha de ser inesperado, ni, por lo mismo, sorprendente; de modo que para ellos va á perder no poco de su interés el fenómeno. Y si la predicción se extiende además al segundo y al tercero, puntualizando ya de antemano con todos sus pormenores el aspecto que ha de presentar y sus futuras consecuencias, como lo muy sabido viene á ser para nosotros algo así como visto y manoseado, y la costumbre de ver las cosas “nos quita de delante su grandeza,” cualquiera que élla sea, ¿qué va á quedar al cabo de un objeto de tanta curiosidad y expectación? ¿No sería, según esto, mejor callar á los demás lo que se sabe para no quitar atractivo ninguno á la sorpresa? ¿No es lo contrario matar de alguna manera la emoción estética de que sin ello habría de sentirse después embargada el alma?—No lo creo yo así, ni los lectores querrán pasar por ello tampoco. Y es que la emoción que tenga sólo por madre á la sorpresa, es decir, á la ignorancia, dado que llegue á ser verdaderamente estética y no puramente material y sensible, siempre será mucho menos noble y digna del hombre que la que es hija del exacto conocimiento y justa apreciación del mérito y grandeza del objeto; fuera de que, por lo mismo que no se aúna debidamente con la razón, puede llevar y lleva mil veces al hombre á ridículos ó lamentables extravíos. Sin salir de la materia de que tratamos, ¿qué cosas no han creído y á qué extremos no se han entregado á vista de ciertos cometas hombres y pueblos del todo

ignorantes de estos fenómenos, dominada y exaltada su imaginación precisamente por la sorpresa? No es éste el lugar de entretenerse á contarlos, pero sabido es que la experiencia y la historia ofrecen de ello campo feraz en episodios cómicos y trágicos á los novelistas de la ciencia.

Pero además, como la próxima aparición fuera en su género tan objetivamente grandiosa como esas que han hecho raya en el tiempo lo mismo que en el espacio, á buen seguro que la sorpresa misma no sufriría ni siquiera menoscabo con la previa noticia de los astrónomos, si bien, gracias á ella, brotaría siempre sosegada, purificada y ennoblecida. Por dos razones. Lo primero, porque, por muy atinada, minuciosa y exacta que se suponga la predicción, todavía, si de tantas otras cosas es mucha verdad que no es lo mismo oír las que verlas, de ésta lo debe ser muy en particular en todas ocasiones. Pues qué, ¿encenderse de la noche á la mañana, si ya no en pleno día, en medio del cielo ó al borde del horizonte, donde momentos antes ni rastro se veía ó se barruntaba, una como antorcha luminosa, superior á veces en brillo á los astros más salientes de todo el ejército celeste y aun al mismo lucero de la tarde, envuelta en una especie de cabellera esfumada de luz más tenue y mortecina, pero que todavía se destaca sobremanera entre las estrellas y quizá entre el azul clarísimo del cielo que baña los alrededores mismos del sol de mediodía, y seguida de una ó de varias colas no menos radiantes, que, ensanchándose poco á poco, se prolongan ó despliegan derechas ó encorvadas hasta 30, 60, 90, 120 grados de distancia al través de numerosas constelaciones, dejará nunca de ser muy sorprendente, será bastante esperado, por mucho y bien que de antemano se anuncie? Recuerden los lectores lo que veintisiete años há veíamos todos en la última semana de Septiembre y primera de Octubre, hacia las cuatro de la mañana, cuando asomaba por el Oriente el último cometa verdaderamente notable que se ha dejado ver en nuestro cielo de España.

Aquella amarillenta llamarada con que la extremidad de la cola comenzada á clarear el perfil del horizonte con el fulgor de un incendio; aquella columna gigantesca, que luégo iba elevándose poco á poco, ligeramente inclinada y cada vez más luciente, solitaria, majestuosa, solemne, en el confín de la bóveda ya apenas estrellada del firmamento, hasta descubrir al cabo más de una hora después su planta, apoyada en núcleo de fuego brillantísimo, perfectamente visible entre la claridad de la aurora, ya muy avanzada, y aun casi alcanzado por los primeros rayos del sol naciente. Poblaciones enteras le habían visto días antes al lado mismo del sol, reparando en él por primera vez y de pronto hacia las diez y media de la mañana, y distinguiendo aun entonces su cola hasta no menos de 30 grados de distancia por la esfera celeste. ¿Pues qué sería si á la magnificencia de este apacible y halagüeño espectáculo se añadiese la particularidad inquietante de presentar figuras ó raras ó terribles ó misteriosas, y encima de esto viéramos el apéndice caudal fluctuar ó serpentear, estirarse y encogerse, interrumpirse y desordenarse, desaparecer de pronto ó multiplicar sus ráfagas, y al cometa mismo partirse todo él en dos ó más parecidos, á creciente distancia uno de otro, y de estacionario que parecía durante meses enteros comenzar á moverse y recorrer tal vez en pocas horas la mitad ó más del hemisferio visible? No; lo nuevo, lo sorprendente de pormenores como éstos, que registra á menudo la historia de las apariciones cometarias, no se encubre del todo ni se disimula gran cosa tras la palabra de un hábil calculador que previamente nos lo describa y asegure, dado que alguno pudiese llegar á tanto: lo que habría entonces sería otra sorpresa más, la sorpresa de las sorpresas; que fenómeno de esa talla no hiciese más que verificar punto por punto los cálculos de aquel hombre privilegiado. Y hé aquí la segunda razón de lo que veníamos demostrando; y es que, en efecto, la previsión de los astrónomos está y, según todas las trazas,

estará siempre muy lejos de columbrar semejantes pormenores, no sólo en concepto del vulgo, sino á juicio de ellos mismos, que lo saben muy bien y no tratan de disimularlo. La clave de las posiciones de esos astros en un instante cualquiera de toda la sucesión de los tiempos está, sí, en las leyes de la atracción universal, de las cuales se han enseñoreado las matemáticas, si bien el ejercicio práctico de este dominio y soberanía les es siempre más ó menos laborioso y tropieza á menudo con serias dificultades; así que en absoluto bien pueden señalar de antemano en qué momento se encontrarán aquéllos á tal ó cual distancia del sol y de nosotros, v. gr., á aquella en que tiempos atrás presentaron este ó aquel aspecto; pero la clave de los tales aspectos, que entonces presentaron y han de presentar ahora, ya no está solo, como en los planetas, en las posiciones absolutas ó relativas que ocupan en el espacio, sino también y más aún, á lo que parece, en su misma constitución y estructura y en influencias extrínsecas del todo ajenas al conocido fenómeno de la atracción solar y planetaria y al dominio de la ciencia astronómica.—Así que sobre este particular el vulgo, tan malicioso de suyo con los astrónomos y amigo de ver fallidos sus pronósticos, bien puede apostárselas con ellos y prometerse chascos solemnes, no obstante lo que ellos digan, ó sorpresas emocionantes por encima de lo que auguren: ahora, si con lo malicioso quiere juntamente ser justo y razonable, no saliendo de lo que permite una chanza festiva ó un entretenimiento divertido, preciso es que sepa distinguir entre lo que aquéllos dan por seguro, como cosa de su indiscutible dominio y competencia, y lo que sólo aventuran como probable por razones de mayor ó menor peso, que ya suelen al mismo tiempo exponer por lo que valgan, pero que reconocen falibles en cada caso.

Y con esto de paso y como sin querer hemos dicho lo bastante acerca de lo segundo, que junto con la sorpresa constituye el interés *estético* de estas apariciones cometa-

rias, á saber: lo grandioso y desacostumbrado del espectáculo que á las veces presentan á los pueblos. Resta ya decir algo de lo tercero, que son las consecuencias posibles de la llegada y proximidad de semejantes huéspedes á nuestras fronteras, cosa que, al lado de lo meramente curioso ó dramático, no deja nunca de ofrecer á la gente otro aspecto eminentemente práctico y un interés sobremanera vital é individual, que mientras dura la expectación del fenómeno es muy capaz de anublar y aun absorber del todo cualquier otro interés y consideración.—No sugieren ya estos astros en el pueblo *cristiano*, aun el más medianamente instruído, la idea de una obra pasajera y portentosa llevada á cabo fuera del orden natural por la intervención del Omnipotente en señal de amenaza ó de aviso á los mortales; idea que—vaya esto de paso—jamás ha tenido apoyo ni mucho menos principio en la autoridad de la Iglesia, como necia ó villanamente se complacen en inventar ó divulgar algunos, y otros en copiar ciega y ligeramente (1), y si á menudo en los astrólogos, sin duda por no tener éstos otra explicación que dar á los que, fiados en su ciencia, exigían y esperaban de ellos alguna; pero en cambio, vulgarizada ya por los sabios la ley de movimiento y al mismo tiempo la condición excepcional de esos aventureros del espacio, surge de nuevo por otro lado la misma fuente de zozobras y sobresaltos, y ahora ya en el vulgo erudito y con más viso de fundamento precisamente en la sana y madura ciencia del día. Se dice que ese cometa es un astro enorme, que se nos viene acercando rapidísimamente. ¿Se acercará tanto que su proximidad llegue á hacerse ya des-

(1) A propósito precisamente del cometa de Halley, ya ha comenzado á circular por periódicos y revistas extranjeras, y malo será que no hallo cabida muy luégo en nuestra prensa anticlerical, la *absurda* "paparrucha" de su excomunión por el Papa Calixto III el año de 1456, acogida por el *Diccionario enciclopédico hispanoamericano* (t. V, pág. 577, col. 3.^a). Sólo las circunstancias pueden hacer necesaria la refutación de semejante cosa, y la han hecho más que suficientemente seis ó siete escritores católicos en poco tiempo.

de ahora temible? ¿Podrá encontrarnos de frente ó siquiera tocarnos de refilón? Y entonces, ¿qué sería de nosotros?

Como se ve, cualquiera de los tres aspectos que acabamos de exponer es sobremanera interesante, bajo el punto de vista *estético* de la futura aparición que esperamos. Hora es ya de declarar al cabo qué es lo que cierta ó probablemente puede decirse desde ahora qué será para nosotros en concreto y bajo cada uno de ellos el cometa de Halley.

M. MARTINEZ

(Continúa)

(Tomado de *Razón y Fe*, de Madrid)

ACTOS OFICIALES

PROVISION DE LA PRIMERA COLEGIATURA

Ministerio de Instrucción Pública—Bogotá, Marzo 3 de 1910

Sr. Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Presente

Para conocimiento de V. S. y demás fines, tengo el honor de transcribirle la siguiente Resolución:

RESOLUCION NUMERO 66 DE 1910

(3 DE MARZO)

por la cual se concede la beca de colegial en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

El Ministro de Instrucción Pública,

En uso de sus atribuciones como órgano autorizado entre el Excmo. Sr. Presidente de la República y el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, vistas las Constituciones del referido Instituto, que confieren el derecho de proveer la primera Colegiatura que vacare, al Excmo. Sr. Presidente de la República, Patrono del Colegio, y te-